

Santa Orosia

dances y paloteo en el Pirineo Aragonés

Fotografías: André Molinier

En el eje formado por el río Basa se encuentra el valle del mismo nombre cuya cabeza, Yebra, acoge en su jurisdicción los pequeños núcleos de Basa, Orús, Sobás y Fanlillo.

Camino de la Ermita de Santa Orosia, hallamos una bella estampa: un conjunto de ermitas rupestres enclavadas en la verticalidad del monte Oturia que reciben los nombres de San Cornelio, Santa Orosia, San Blas y Santa Bárbara. Desde la lejanía se divisan las cuatro oquedades en la roca y, dependiendo de la estación, tan monumental obra de la naturaleza se ve salpicada por una cola de agua que mana desde lo alto.

Yebra de Basa celebra cada solsticio de verano la Romería de Santa Orosia, cuya popularidad atraviesa fronteras. El cuerpo de la Santa se conserva por separado: el tronco en Jaca y en Yebra la cabeza. Y no es de extrañar el afán por la posesión de estos restos, pues hasta no hace mucho, se mantenía viva la creencia en el poder de las reliquias para liberar a las personas de posesiones y demonios.

La Iglesia parroquial de San Martín y San Lorenzo, de estilo gótico aragonés, conserva el relicario de Santa Orosia.

Cada 25 de Junio, desde este templo, salen los romeros de madrugada portando la reliquia contenida en un busto de plata del siglo XV, ascendien-

do por sinuosos senderos desde Yebra de Basa a la cima del monte Oturia.

En las paradas del trayecto se celebra uno de los bailes más antiguos del Pirineo (probablemente originario del siglo XVII). Los "palotiaus" o dances son acompañados por la música de instrumentos elevados al orden de lo sagrado; el *chiflo*, flauta de tres agujeros forrada de piel de serpiente, y el *chicotén*, tambor de cuerdas que se golpea con un palo.

Los danzantes complementan sus trajes con mantones y sombreros orlados de flores. Interpretan el dance de Santa Orosia haciendo sonar sus palos de madera, -en fabla (lengua aragonesa) de senera, en castellano guillomo-, al son de la repetida melodía.

La propia romería mantiene viva otra tradición, la pastorada. Diálogos interpretados por el Mayoral y el Repatán brotan de sus labios en tono de crítica social de lo acontecido durante el año. El diálogo mantiene un tono burlesco hasta que los propios danzantes pronuncian los elogios de Santa Orosia.

El ascenso hasta la ermita es gratificado por el paisaje. Ya en descenso, antes de abandonar Yebra de Basa, frente a la Iglesia, se asoma una casa cuyas esquinas recuerdan el valor de la música, y así unas placas lo atestiguan. La casa de Dances ha sido habitada generación tras generación por familias de músicos, y queda ahora como testigo de tan arraigada tradición.





Religiosidad popular

Como en todo el mundo rural, la religiosidad popular del Pirineo era el resultado de la imbricación de viejos cultos paganos con el cristianismo. Así no es extraño que junto a la ermita de Santa Elena exista un campo megalítico o que su propio ábside esté incrustado en una cueva, en el canto de una surgencia de agua.

Dicha religiosidad estaba vinculada a conceptos concretos, tangibles, alejados de las abstracciones que proponía la Iglesia. De allí que existiese un nítido concepto posesivo de la advocación local y que Santa Orosia, por ejemplo, fuera patrona exclusivamente de los montañeses.

Las creencias religiosas, por otra parte, estaban estrechamente vinculadas con el ciclo festivo y económico, y así, romerías, bendiciones de términos, fiestas mayores o pequeñas formaban un todo armónico en el que imperaba el diálogo de la cultura con la naturaleza.

Las romerías se daban fundamentalmente en primavera, en el solsticio precristiano, y podían servir para realizar demandas de agua (veneraciones), resolver

peticiones personales, y recordar concesiones divinas frente a calamidades (votos).

En todos los casos, las romerías tenían un fuerte componente social puesto que también servían como encuentros económicos y humanos (transacciones económicas, noviazgos...).

La alta cuenca del río Gállego estaba dividida entre tres macrosantuarios: el de Santa Elena, el de Santa Orosia y el de San Úrbez. Al primero concurrían gentes del Valle de Tena e incluso de Ossau (Francia) y de él se decía que impidió la entrada de invasiones como la de los luteranos; al segundo se le atribuía poderes curativos para los endemoniados y el tercero estaba especializado, sobre todo, en hacer llegar la lluvia.

A pesar de la despoblación y del cambio social, las romerías no han ido a menos, pues a ellas acuden gentes movidas por intereses religiosos, culturales y ecológicos, siendo también frecuente el que en ellas se den cita los montañeses emigrados en los años sesenta.

Enrique Satué
Etnógrafo